



BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE SALAMANCA



Las reclamaciones se harán, en el preciso término de un mes, a la Dirección del BOLETÍN ECLESIASTICO, calle de la Rúa, 59.

Aniversario de la preconización del Excmo. Prelado

El día 18 de los corrientes es el séptimo aniversario de la elección del Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. **D. Julián de Diego y García Alcolea** para regir y gobernar la diócesis salmantina.

EL BOLETÍN ECLESIASTICO recuerda con placer fecha tan memorable y besa el anillo de S. E. I. en testimonio de inquebrantable adhesión y respetuoso afecto.

OBISPADO DE SALAMANCA

CIRCULAR

Próxima la celebración del singular jubileo de la Porciúncula, recordamos a nuestros Venerables Curas Párrocos y encargados de parroquias la extraordinaria ampliación que de ese privilegio hizo el Sumo Pontífice por *Motu proprio* del 11 de Junio de 1910 y Decreto del S. Oficio de 26 de Mayo de 1911 (1).

En virtud de las facultades Apostólicas que se Nos conceden, designamos para las visitas exigidas para

(1) Se hallan estos documentos: el primero, en el BOLETÍN de 1910, página 226, y el segundo en el de 1911, página 192.

lucrar mencionado jubileo, nuestra Santa Iglesia Basílica Catedral y todas las iglesias parroquiales y ayu-
das de parroquia de nuestra diócesis, recordando que
en cada visita se ha de orar brevemente, según la in-
tención de Su Santidad.

No se omita, conforme al deseo y recomendación
del Papa, disponer en las iglesias, a la hora que pa-
rezca más oportuna, unas rogativas solemnes con ex-
posición de S. D. M., cantándose la antifona de víspe-
ras y la oración de San Francisco, añadiendo las leta-
nias de los Santos y terminándose con la bendición
con el Santísimo.

En las parroquias de fuera de la capital, donde los
Párrocos o sus encargados lo estimen oportuno, po-
drán, mediante la autorización que concedemos, de-
signar el día del domingo siguiente al 2 de Agosto,
para lucrar la indulgencia indicada, en la forma que
en el *Motu proprio* y citado Decreto se expresa.

Salamanca 1 de Julio de 1920.

† EL OBISPO de Salamanca.

CIRCULAR

El extraordinario encarecimiento de los artículos
más necesarios para la vida, que se ha experimentado
en los tres últimos años, ha sido causa de que las pen-
siones asignadas para la manutención de los alumnos,
con arreglo a precios muy inferiores a los que en la
actualidad rigen, sean hoy de todo punto insuficientes.

Este desequilibrio entre el precio calculado y el
que ha sido preciso pagar, ha traído como consecuen-
cia un grave quebranto en la hacienda del Seminario
que cierra sus cuentas con *déficit* mayor cada año.

A pesar de esta situación económica del Semina-
rio, el deseo de no exigir a los seminaristas más can-
tidad que la absolutamente indispensable, y la espe-
ranza de que al afianzarse la paz se iniciase algún des-
censo en los precios de las subsistencias, nos impul-
saron a no aumentar las pensiones durante los cursos
académicos de 1918 a 1919 y de 1919 a 1920. Mas sien-
do ya inquietante el *déficit* del curso que acaba de ter-
minarse y no vislumbrándose indicio alguno de un
cambio favorable, hemos creído conveniente estable-
cer para lo sucesivo las pensiones siguientes:

Pensión de los Seminaristas en el curso académico de 1920-1921

Ordinaria para los diocesanos: 607,50 pesetas, divididas en tres plazos iguales de 202,50 pts. cada uno.

Ordinaria para los extradiocesanos: 675 pesetas, divididas en tres plazos iguales de 225 ptas. cada uno.

Económica para diocesanos pobres solamente: 405 pesetas, divididas en tres plazos iguales de 135 pesetas cada uno.

Los plazos de la pensión se pagarán por adelantado: el primero al ingresar en el Seminario, el segundo a fines de Diciembre y el tercero a fines de Marzo.

Todos los alumnos abonarán *cinco pesetas* en cada plazo de pensión por el uso de mobiliario, gastos ordinarios de enfermería, correo, barbero, médico y limosna de Santas Bulas, que les facilita el Seminario.

Salamanca, 1 de Julio de 1920.

✠ EL OBISPO DE SALAMANCA.

LA ASAMBLEA EUCARÍSTICA

Con pompa sin igual acaba de celebrarse en nuestra ciudad la quinta Asamblea eucarística. Ha sido un acontecimiento extraordinario y grandioso que llena de gloria insuperable las páginas de la historia de la ciudad y diócesis salmantina; una manifestación brillantísima de fe católica y amor vehementísimo al augustísimo Sacramento de nuestros altares.

Imposible para nosotros dar cuenta detallada y minuciosa de todo cuanto se ha realizado por el feliz éxito de la Asamblea, nos limitaremos a una ligera reseña de los principales actos celebrados.

Inauguración de la Asamblea y Triduo en las parroquias de la ciudad.

El día 3 de Junio, festividad del Smo. *Corpus Christi*, terminada la solemne Misa Pontifical que celebró nuestro Rmo. Prelado, después de la procesión claustral y dada la bendición con el Santísimo, el Secretario de la Junta organizadora, D. Antonio Blázquez Durán, Beneficiado de la Catedral, desde el púlpito dió

lectura de la siguiente alocución de nuestro Excelentísimo Prelado:

“El Obispo de Salamanca al venerable Clero y pueblo fiel de la ciudad y de la diócesis.

Afortunadamente os anunciamos que en el ciclo de las Asambleas eucarísticas interparroquiales, establecidas con laudabilísimo acierto en nuestra amada diócesis desde la fecha memorable del Congreso matritense, correspondía este año a Salamanca, como capital diocesana, organizar el homenaje solemne de su proverbial ardorosa devoción al Dios de la Eucaristía.

La diócesis de Salamanca, que tiene por patronos a Santa Teresa de Jesús y San Juan de Sahagún, ambas enamoradas del Smo. Sacramento, está demostrando patentemente, con diversidad de obras e instituciones eucarísticas, la influencia del espíritu de sus celestiales protectores; y las Asambleas celebradas en Alba de Tormes, Vitigudino, Peñaranda y Ledesma, que reunieron en torno a Jesús Sacramentado a gran parte de los pueblos de esta provincia, serán monumentos perennes y gloriosos del amor que profesan los salmantinos al más augusto e inefable misterio de nuestra religión sacrosanta.

Deseábamos, de un modo muy especial, que Salamanca, con su acendrada piedad y arraigadas creencias, por medio de los valiosos elementos con que cuenta, pusiera digno coronamiento y remate a las espléndidas manifestaciones religiosas mencionadas, organizando actos solemnísimos del culto divino, complementados con otros de carácter literario-musical y de propaganda católica, que sirvieran de orientación y estímulo a las distintas instituciones eucarísticas parroquiales diocesanas, y disponiendo una procesión magnífica, con representación de todos los pueblos de la diócesis, para llevar triunfante por las calles y plazas de la ciudad a Jesucristo Redentor, como sublime protesta cristiana y rendido testimonio de vasallaje a la soberana majestad del Rey de las almas.

Solicitamos vuestra cooperación y ayuda para realizar esta obra de glorificación a Jesús Sacramentado, y muy decidida y fervorosamente nos la habéis concedido.

Suplicamos también el valimiento de los patronos

venerandos de nuestra diócesis y pedimos la bendición apostólica con otras gracias espirituales, para que nuestros trabajos fueran fecundos en frutos de virtud y santidad.

Y hallándose ya todo preparado y dispuesto con el favor divino, desde este momento declaramos solemnemente inaugurada la Asamblea a honor y suprema adoración de Nuestro Señor Jesucristo en el Augusto Sacramento de la Eucaristía.

Salamanca, festividad del Santísimo Corpus Christi, a 3 de Junio de 1920. — † **EL OBISPO de Salamanca**».

A continuación, el Sr. Blázquez Durán dió también a conocer las gracias concedidas por el Romano Pontífice, a los fieles de la diócesis salmantina, con motivo de las festividades eucarísticas.

Estas eran: Bendición Papal, indulgencia plenaria y la facultad de celebrar misas en la noche del día 9 a 10, a todos los sacerdotes que asistieran a la vigilia de la Adoración Nocturna, que se celebró en la iglesia de San Esteban.

En el número anterior de este BOLETÍN se publicaron los respectivos rescriptos.

De doce a una hubo repique general de campanas en todas las iglesias de la ciudad.

Por la tarde se celebró, con la majestad y grandiosidad de todos los años, la procesión con el Santísimo con el itinerario acostumbrado, asistiendo todas las cofradías sacramentales, asociaciones eucarísticas, órdenes terceras, clero y todas las autoridades locales. Cubrieron la carrera las tropas de la guarnición. En la Catedral, al entrar el Santísimo, el pueblo cantó el Himno eucarístico, y a continuación nuestro Prelado dió la bendición con el Santísimo y se reservó solemnemente.

En los días 4, 5 y 6 se celebraron en todas las parroquias solemnes cultos con sermón, para preparar a los fieles a la comunión general que tuvo lugar en el último día de la octava para ganar las indulgencias plenarias concedidas por nuestro Santísimo Padre el Papa.

La exposición de ornamentos sagrados con destino a las iglesias pobres.

El día 4, a las once de la mañana, tuvo lugar en el

Paraninfo de la Universidad el acto de la inauguración de la exposición de ornamentos y objetos sagrados para las iglesias pobres de la diócesis, organizada por las Marías del Sagrario.

Presidió nuestro Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo y asistieron todas las señoras y señoritas de la piadosa Asociación y un público numeroso y selecto.

La banda del Regimiento de la Victoria dió una magnífica audición musical, revelándose como un grupo artístico de insuperable valía. La parte de canto fué interpretada por un grupo de señoritas y niños de coro, con suma facilidad y afinación. Se recitaron poesías alusivas al acto que se celebraba y la Vicesecretaria de las Marías, señorita Concepción Artero, dió lectura a una bien escrita Memoria, en que se exponen detalladamente las vicisitudes y obstáculos que ha sido preciso orillar para que la iniciativa de celebrar una exposición de ornamentos destinados a las iglesias pobres de la diócesis, haya podido llegar a la espléndida realidad de hoy.

Agradece la cooperación que para el mayor esplendor han prestado tanto las personalidades más ilustres de la Asamblea, como las señoras y señoritas de la caritativa obra que hoy cuenta con miles de inscripciones que procuran por todos los medios que el culto en las parroquias rurales, sobre todo, se sostenga con el decoro que nuestra sacrosanta religión merece.

Explica también muy elocuentemente cómo su obra no es meramente la de hacer donativos de objetos sagrados, sino procurar el acercar los corazones al Sagrario para que se intensifique el fervor popular, extendiendo y reorganizando todas las obras que procuran estos fines religiosos, demostrando la gran utilidad social que ellas realizan.

Fué muy aplaudida por su luminosa y bien presentada Memoria.

Por último, el M. I. Sr. D. Agustín Parrado, Director del Centro diocesano de la Obra, a quien se debe la iniciativa de esta exposición, pronunció un elocuente discurso de gratitud a todos los colaboradores de la exposición, cuyo brillantísimo resultado ha excedido a todos los entusiasmos imaginables de optimismo.

En inspiradísimos párrafos hizo ver la trascendencia que para la vida de la sociedad tiene la reparación

eucarística, como fuente y árbol de los más arraigados sentimientos religiosos que hay que intensificar y fortalecer como cimientos indestructibles de la moral y la dignificación humana, analizando atinadamente la significación social de las creencias religiosas.

Describió el espectáculo desconsolador y amargamente triste para quien se llame cristiano, de esos humildes templos rurales, abandonados, olvidados por la incuria del Estado, que debe repararlos; haciendo muy atinadas consideraciones sobre estos extremos, y diciendo que al no atenderlos como se debe, parece como si renegáramos de ser hijos dignos de aquellos que con su fe arraigada levantaron aquellos monumentos de religión y de piedad.

El ilustre Director de las Marías escuchó grandes aplausos al terminar su discurso.

El Ilmo. Sr. Obispo puso fin al acto, declarando abierta la exposición de ornamentos sagrados en la capilla de Santa Catalina (Catedral Vieja).

Seguidamente y precedidos por el Sr. Obispo, se trasladaron todos los invitados y público en general a dicho lugar, para visitar la exposición.

Esta ha constituido un espléndido alarde de magnificencia y arte, pues la riqueza y variedad de los ornamentos expuestos, la primorosa habilidad y delicadísima factura de las labores de confección y bordados de los centenares de objetos que se hacinaban en la amplísima capilla, son verdaderamente asombrosas.

Figuran entre los donativos los nombres de ilustres personalidades de las más aristocráticas damas de la sociedad salmantina y circunscripción diocesana, de los conventos y escuelas de niñas de más importancia, tanto oficiales como privadas, rivalizando todas en el envío de donativos, a cada cual más variados y artísticos.

Renunciamos a dar nombres, pues necesitaríamos varias páginas del BOLETÍN para ellos, a riesgo de incurrir en lamentables omisiones; los nombres de los donantes figuraban en cartulinas puestas sobre cada objeto o al frente de cada instalación.

Los ornamentos estaban agrupados por Arcipresazgos, figurando para las Parroquias que integran los 18 de la Diócesis, centenares de objetos necesarios para las distintas manifestaciones del culto.

Baste saber que había 15 copones, 16 cálices, cuatro custodias, 90 corporales, 360 purificadores, 45 manteles de altar, 18 capas y 102 casullas, a más de otra infinidad de objetos y ornamentos sagrados, colocados en la capilla, que aun siendo muy capaz, resultaba reducidísima para la contemplación de los centenares de donativos que se exponían en forma muy artística, con adornos de flores y guirnaldas de follaje.

Durante los días de la Asamblea millares de personas han desfilado por la capilla de Santa Catalina, admirando el arte y riqueza de las labores y ornamentos expuestos.

Nuestra más entusiasta y sincera enhorabuena a las Marías y a su celoso Director, que han trabajado incansables por el brillante éxito de la exposición.

Jesucristo Nuestro Señor Sacramentado seguramente recompensará tanto sacrificio y tanta generosidad.

Ha sido también muy elogiado el número extraordinario de la *Crónica de las Marías* por el primor y valía de sus artículos y fotograbados y que honra a la imprenta de Calatrava.

La comunión de los niños.

La comunión general de niños y niñas de Salamanca, celebrada en el templo de PP. Dominicos, fué el acto del día tercero de la Asamblea Eucarística.

El grandioso templo de San Esteban resultó pequeño para colocar convenientemente al número de niños de las escuelas y congregaciones de Salamanca.

Desde el presbiterio hasta la parte última de la iglesia, veíanse filas paralelas de niños, oyendo el Santo Sacrificio y esperando el momento de recibir el pan divino que alimentara sus almas.

El Excmo. e Ilmo. Prelado de Salamanca, celebró la santa Misa hondamente conmovido ante la grandiosidad del acto.

Doce sacerdotes ayudaron al Excmo. Prelado a distribuir el Pan eucarístico, pasando de fila en fila, repitiendo aquella escena imborrable de los Apóstoles al distribuir el pan a las muchedumbres que seguían al Divino Maestro por el desierto.

Al final, resonaron los acordes del himno eucarístico, cantado por cuatro mil voces infantiles, empezando el desfile y salida del templo.

Llegada del Emmo. Cardenal Almaraz y de otros Prelados.

El día 7, a las cinco de la tarde, llegó a nuestra ciudad nuestro insigne y querido paisano el Emmo. señor Cardenal Almaraz. Arzobispo de Sevilla.

Al descender del tren una salva de aplausos acogió la presencia de este Príncipe de la Iglesia.

En la estación se encontraban nuestro amadísimo señor Obispo, todas las autoridades civiles, militares y académicas, representaciones del Ilmo. Cabildo Catedral y Párrocos, comisiones de las Ordenes religiosas, diputados, senadores y otras muchas personalidades. Después de saludado Su Eminencia por la mayoría de los concurrentes, se organizó la comitiva, abriendo la marcha el automóvil del Sr. Gobernador, al que seguía el del Cardenal, acompañado del Alcalde.

Detrás marchaban en distintos vehículos el señor Obispo y las autoridades.

Por las calles del tránsito había bastante público presenciando el desfile.

Donde la aglomeración era imponente fué en las afluencias a la Plaza Episcopal, en la que estaba formada una compañía de La Victoria, al mando del capitán Sr. Cubero, con el estandarte de Albuera, que lo enarbolaba el alférez Sr. Delgado.

La compañía rindió al Sr. Almaraz honores de capitán general, ejecutando la *Marcha Real*, y después de revistarla desfiló en columna de honor.

Seguidamente se celebró en Palacio la recepción, primeramente de caballeros y luego de señoras.

Lo mismo de unos que de otros, la concurrencia fué muy selecta y distinguida.

El Ilmo. Cabildo Catedral en pleno saludó a Su Eminencia en el salón del trono del Palacio Episcopal, siendo la entrevista sumamente afectuosa.

En el mismo día llegaron los Excmos. Sres. Obispos de Zamora y Ciudad Rodrigo, y al día siguiente los Ilmos. y Rvdmos. Sres. Obispos de Plasencia y de Apolonia, electo de Coria.

A todos estos Excmos. Prelados y en especial al Emmo. Sr. Cardenal Almaraz, rendimos desde estas páginas el homenaje de nuestra gratitud por el realce que han dado con su presencia a nuestra Asamblea,

acudiendo gustosos a la fraternal invitación que les hiciera el Sr. Obispo de Salamanca.

Las Conferencias Sociales.

A las siete de la tarde del día 6, en el salón de actos del Seminario Pontificio, el **M. I. Sr. D. Enrique Vázquez Camarasa**, Magistral de la Catedral de Madrid, pronunció un notabilísimo discurso sobre la *fraternidad cristiana* y sobre la *virtualidad del Evangelio en el orden social*. Presidió el acto nuestro Rvmo. Prelado, y asistió un numeroso público que llenaba por completo el salón, resultando éste insuficiente para acomodar a todos cuantos habían acudido a oír el verbo cálido y elocuentísimo del Sr. Camarasa, el cual fué premiado varias veces con estruendosos aplausos.

El lunes, 7, a las once de la mañana, en el salón del Círculo de Obreros, acudieron muchas señoras y señoritas a escuchar la autorizada palabra del conocido sociólogo **M. I. Sr. D. Juan Francisco Morán**, Canónigo de Madrid y Consiliario de la Acción Social femenina, el cual desarrolló muy elocuentemente el tema *Acción católica de la mujer*. Presidieron el acto el M. I. señor Arcediano de la S. B. Catedral, M. I. Sr. D. Agustín Parrado y la Srta. María de Echarri con las virtuosas damas D.^a María de la Peña y D.^a Rosa Sánchez Sevillano.

Por la tarde, a las ocho, en el mismo local, la infatigable y entusiasta defensora y propagandista de la doctrina católica de la redención de la obrera española, **Srta. María Echarri**, dió una práctica conferencia sobre *Organización católico-social femenina*.

El salón estaba lleno de obreras de todas clases: modistas, costureras, sirvientes y muchas señoras y señoritas. Presidió también el Sr. Parrado, acompañado de damas de la Junta de las Marías del Sagrario.

Como consecuencia práctica inmediata de estas conferencias, al día siguiente se constituyeron dos Juntas; una de señoras para el desarrollo en la diócesis de la *Acción católica de la mujer*, y otra de obreras para la organización del *Sindicato católico de obreras de la aguja*, que se denominará el Sindicato de la Inmaculada.

El día 9, a las cuatro de la tarde, el **Ilmo. Sr. Obispo de Apolonia**, electo de Coria, ocupó la cátedra del salón

de actos del Seminario, pronunciando una magnífica conferencia acerca de la actuación social de los párrocos.

El salón se hallaba totalmente atestado de sacerdotes, todos anhelosos por escuchar la palabra del ilustre Prelado.

Con admirable unción de apóstol y con palabra sencilla y paternal, desarrolló la tesis de su disertación, que puede compendiarse en estas jugosas y sustanciosas frases.

La base firme y esencial de toda acción pastoral y parroquial es la Eucaristía.

Terminada la conferencia del Sr. Obispo de Apolonia y tras un breve descanso, se reunieron los párrocos de la diócesis en crecido número, en el mismo salón de actos del Seminario, con el consejo directivo de la Federación Católico-Agraria Salmantina.

D. José María Lamamié de Clairac, en calidad de presidente, fué quien dirigió la palabra a los señores párrocos, los cuales pudieron admirar la vasta cultura sociológica que posee tan ilustre abogado.

En este mismo día, en el Paraninfo de la Universidad, ante más de quinientos obreros, dió una conferencia de carácter social el presidente de la federación nacional católica de obreros, **D. Joaquín Herráz**.

Hizo la presentación del orador el Sr. Román Reuerto. Después el Sr. Herráz desarrolló el tema *La Eucaristía y el trabajo*, recomendando, en términos muy elocuentes, la unión católica de la masa obrera.

Dijo que esperaba la salvación y el bienestar de España por el catolicismo social.

Trató los diferentes conflictos sociales últimamente desarrollados en Madrid, bajo la influencia del sindicalismo destructor del orden y de la paz social, y que tanto perjudica a la masa obrera.

Hizo ver cómo el pueblo ha de volver a los antiguos tiempos en que el altar y el trono se hermanaban con el pueblo, recordando a este propósito los antiguos gremios que nacieron al calor de las cofradías.

El orador fué muy aplaudido.

Después el Sr. Obispo de Zamora, que presidía, hizo un breve y elocuente resumen del acto, recomendando se siguieran, para bien de todos, las huellas que el señor Herráz había trazado.

Al día siguiente se reunieron los obreros con el orador, tratando de fundar un sindicato católico de obreros.

El jueves 10, a las cuatro de la tarde, el hermoso salón del Círculo de Obreros presentaba un imponente aspecto, atestado totalmente de un auditorio de maestros y maestras, que llenaron hasta las tribunas altas del local, atraídos por la prestigiosa fama del apóstol del Magisterio **D. Isidro Almazán Francos**, que tan tenaz y fructífera campaña de propaganda social y redención de la dignísima clase está realizando en la tribuna y en la prensa.

Presidió el Emmo. Sr. Cardenal Almaraz, al que acompañaban en la presidencia las autoridades académicas de esta ciudad, una representación de la Asociación provincial del Magisterio, profesores de la Normal y varios miembros del Consejo diocesano de Acción Social.

El conferenciante fué presentado por el sacerdote e insigne pedagogo D. Manuel Marín y Rojo.

Al ocupar la tribuna el Sr. Almazán Francos, fué saludado con una clamorosa ovación, cuyos aplausos recoge como ofrenda del Magisterio Salmantino ante el Dios de nuestros altares.

Explicó después cuál debe ser la misión y actuación del maestro en la sociedad actual, desarrollando eloquentemente hermosa doctrina social, siendo muy aplaudido y felicitado por cuantos le escucharon.

Al apagarse los ecos de los aplausos, el Emmo. señor Cardenal dirigió la palabra a la concurrencia.

Dijo que aprovechaba esta ocasión para saludar a los maestros, la dignísima clase que tan gran poder tiene para la salvación de la sociedad.

Con honda sinceridad explanó cómo aprovechó la cariñosa invitación del Prelado salmantino, no sólo para mayor glorificación de Jesús Sacramentado, sino para poner de manifiesto su gran amor a esta tierra salmantina, en cuyas llanuras amplias y majestuosas de la Armuña nació y cómo después se acogió a las aulas gloriosas del Seminario Pontificio, plantel fecundo de santos y de sabios; por eso venir a Salamanca es para él el mayor honor.

Dirigiéndose a los maestros, les dijo que sigan las doctrinas de Cristo, que su virtud sea de espíritu, de

sacrificio perenne, como lo es el de Jesús Sacramentado, en ofrenda perpetua en todos los santuarios día y noche.

Los maestros son los auxiliares de los sacerdotes, y por eso habéis de seguir con ellos y su ejemplo, sacrificándoos por la religión y la sociedad, cuya única defensa y esperanza soís.

Así podréis hacer hombres dignos para Dios, para la sociedad y para la patria, y vuelva España a ser grande, la España de la Eucaristía y Salamanca sobre todo con el fervor tradicional por el Santísimo Sacramento; y retorne así a ser digna de las glorias que pasaron por las aulas de la vieja Escuela en nuestro siglo de oro.

La oratoria elocuente del insigne purpurado, causó en el auditorio felicísima impresión que se exteriorizó al final en una explosión de grandioso entusiasmo, en medio de una prolongadísima ovación y repetidos vítores.

La misa mozárabe.

A las diez de la mañana del día 8, con una propiedad asombrosa, se celebró en la capilla mayor de la Catedral la misa según el rito mozárabe.

Las vestiduras de los oficiantes, encargadas expresamente para este acto por nuestro celoso Prelado, eran de marcado gusto de la época del rito.

Celebró la misa el M. I. Prefecto de Música de la Catedral, asistido por los Beneficiados señores Durán y Serna.

El coro lo formaban los colegiales del de Nobles Irlandeses, los niños de coro y los sochantres.

En el Presbiterio estuvieron presentes el Eminentísimo Sr. Almaraz y los señores Obispos de Salamanca, Zamora y Ciudad-Rodrigo.

El concierto sacro.

En San Esteban, y a la hora anunciada, se celebró el concierto sacro.

Tomaron parte en él la orquesta del maestro Rafael Benedito, formada por 60 profesores; la *Schola Cantorum* del Seminario; las señoritas de la Merced, cantores de la Catedral, niños de la Vega y religiosos Dominicos, Agustinos y Salesianos, con otros valiosos elementos de la ciudad y de Madrid.

Llevaron la dirección de las distintas obras los maestros Benedito, Bernalt, Goyenechea, Artero y el Padre Iruarrizaga, que dirigió una de sus obras.

Estos mismos coros y orquesta tomaron parte en la fiesta celebrada en el grandioso patio del Seminario.

La fiesta en la Universidad.

A las once de la mañana del día 9 se celebró en la suntuosa capilla universitaria, la fiesta solemne en honor del Santísimo Sacramento.

En la misa oficiaron Capitulares de nuestra Catedral, asistiendo de medio Pontifical nuestro Excelentísimo señor Obispo. Presidieron el acto, en sillones colocados al efecto ante el Presbiterio de la capilla, el Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla, los Prelados de Zamora, Ciudad-Rodrigo, Plasencia y el electo de Coria, acompañándoles los decanos de Ciencias y Medicina. En los señoriales bancos del Claustro tomaron asiento el Excmo. Sr. Rector, los profesores y doctores y todas las autoridades salmantinas.

El sermón, que estuvo a cargo del señor Obispo de Plasencia, ilmo. Sr. D. Angei Regueras, fué elocuentísimo y digno de su ilustre autor. El tema del admirable sermón fué: *La Eucaristía como pan del hombre*.

Terminada la misa se organizó la procesión por los claustros universitarios, llevando la Sagrada Custodia el señor Obispo de Salamanca. Cantado un grandioso *Tantum ergo*, y dada la bendición con el Santísimo, fué reservado Jesús Sacramentado, terminando la majestuosa solemnidad universitaria.

La fiesta literaria.

A las ocho y media de la noche del 9 dió comienzo la fiesta literaria, en el monumental patio del Seminario Pontificio.

Imborrable recuerdo habrá dejado esa solemnidad artístico-religiosa en cuantas personas saborearon la deleitable poesía de esta fiesta, en que se juntaron para rendir un fervido homenaje de religiosidad al Dios de los Altares, las depuradas bellezas de la literatura clásica de nuestro siglo de oro, la maravilla arquitectónica de aquel colosal edificio y majestuoso marco, la visualidad decorativa y señorial de las pinceladas de

color, sobrias y magníficas, los valiosos tapices de las alcurniadas casas nobles salmantinas:

Presidió el Emmo. Sr. Cardenal D. Enrique Almaraz, ocupando la cabecera y sentando a su derecha a don Fidel Olivera, Alcalde de Salamanca y a los ilustres Prelados de Salamanca, Zamora, Plasencia y Ciudad-Rodrigo.

El Excmo. Sr. D. Luis Maldonado, Rector de nuestra Universidad, con un notabilísimo discurso hizo la presentación de D. Ricardo León. El Sr. Maldonado obtuvo grandes aplausos.

Al levantarse a leer su discurso el insigne Mantenedor de la fiesta Excmo. Sr. D. Ricardo León, académico de la Lengua Española, de todos los ámbitos del monumental patio surgió una clamorosa manifestación de entusiasmo y un vivo movimiento de expectación.

D. Ricardo León, visiblemente enfermo, cuanto que ha hecho un sobrehumano esfuerzo en honor de Salamanca, viniendo a avalorar con la esplendidez de su valfa la hermosa fiesta, leyó un hermosísimo discurso, que por aquella causa no fué oído en toda su integridad por el numeroso auditorio.

Interrumpido frecuentemente por vivos aplausos de entusiasmo, al final escuchó una grandiosa ovación, emocionante, crepitando el entusiasmo en todos los pechos, fundidos en la maravilla fulgurante del magnífico discurso.

A continuación de esta crónica reproducimos el texto íntegro del admirable discurso.

El Auto Sacramental de Timoneda *La oveja perdida*, tuvo una excelente y admirable interpretación, no sólo por los personajes, sino por la admirable reproducción arqueológica que en decoraciones, muebles y trajes ha hecho, a este solo efecto, el Sr. Comba, inspirándose en las miniaturas del Libro de Horas de Isabel la Católica que se conserva en la Biblioteca de El Escorial.

La figura de Cristo Pastor la compuso genialmente el Sr. Comba, ateniéndose a una alegoría pintada de las Catacumbas de Roma.

El primer introito fué compuesto por D. Mariano Arenillas, distinguido poeta salmantino, para esta fiesta, y es una hermosa salutación en verso dirigida al señor Obispo de la diócesis.

A la terminación de la representación del Auto el entusiasmo del público se demostró elocuentemente, ovacionando larga y calurosamente a los actores, distinguidos alumnos de la Facultad de Letras, reclamando la presencia de los señores Arenillas, Boiza (don Antonio), alma de esta representación, Reymundo, director escénico y del señor Comba, director artístico, que salieron a recibir el homenaje unánime y entusiasta del auditorio entre ovaciones cálidas y vibrantes.

La Adoración nocturna.

Entre las solemnidades celebradas con motivo de la Asamblea Eucarística una de las más hermosas y devotas ha sido la vigilia de la Adoración nocturna que tuvo lugar en la noche del 9 al 10 de Junio en el grandioso templo conventual de San Esteban.

A las once de la noche, en el espacioso claustro, se formó la procesión de adoradores, que, saliendo por la plazuela, entraron en el templo por la puerta principal, pasando a colocarse en el crucero y presbiterio.

Figuraban comisiones y banderas de varios pueblos y provincias, entre otras, las de Madrid, Palencia, Valladolid, Zamora, Vitigudino, Ciudad Rodrigo, Alba de Tormes, etc., etc.

Expuesto S. D. M., subió al púlpito el ilustrísimo Sr. Obispo de Zamora, quien hizo ver la necesidad que nuestras almas tienen de acercarse y adorar a aquel Dios, a quien debemos cuanto somos y de quien tenemos que esperar todo nuestro bien y nuestra salvación.

Terminado el sermón, más de quinientos hombres adoradores entonaron sus cantos de alabanza, recitando los maitines y laudes. Durante toda la noche se sucedieron los turnos señalados, y desde la una los sacerdotes por privilegio Pontificio, comenzaron a celebrar el santo sacrificio, dándose la sagrada comunión a multitud de fieles. Las misas celebradas pasaron de ciento veinte.

Por la mañana, a las cinco, el ilustrísimo Sr. Obispo de Ciudad Rodrigo, celebró el santo sacrificio, dando la comunión a todos los adoradores que entonaron fervorosos y sentidos motetes.

Terminada la misa, se organizó la procesión del Santísimo, por la plazuela y claustro del convento,

desfilando todas las banderas. Fué éste un acto conmovedor y grandioso; pues además de los adoradores asistió la comunidad y un público numeroso que seguía a la procesión, pero silenciosos, recogidos y devotos; el acto tan majestuoso y solemne les había impresionado hondamente.

Las comuniones que se administraron pasaron de tres mil.

El templo, con su hermosa iluminación, dió un realce grandioso al acto. Además de la iluminación del altar, una hermosa araña iluminada por la cofradía del Rosario, daba al crucero un aspecto que no es fácil describir; y el espíritu sintió una emoción que sólo podrán comprender las almas cristianas que asistieron a tan memorable acto.

En la Catedral.—Triduo.

En las tardes de los días 7, 8 y 9 se celebró en nuestra S. B. Catedral un solemnisimo triduo en conformidad con las prescripciones de la Santa Sede.

Imponente era el cuadro que nos ofrecía en estos días nuestra monumental Basílica, pues no serían menos de seis mil las personas que la ocupaban para rendir a Cristo Sacramentado los fervores de sus sentimientos cristianos, y atraídos por la mágica elocuencia del ilustre Magistral de Madrid D. Enrique Vázquez Camarasa.

Los sermones, como acabamos de indicar, han estado a cargo del Sr. Magistral de Madrid, añadiendo nuevos triunfos a los muchos que ya lleva conquistados en la cátedra del Espíritu Santo

En la reserva ofició de Pontifical nuestro reverendísimo Prelado.

Las comuniones.

El día 10, último de la Asamblea, se calculan doce mil las personas que se acercaron a la mesa eucarística para recibir el Pan de los ángeles y poder así ganar las indulgencias plenarias concedidas benignamente para estas solemnidades por nuestro augusto Pontífice Benedicto XV.

Solemne Misa Pontifical y Bendición Papal.

Nuestro afectuoso paisano el Emmo. Sr. Cardenal

Almaraz, celebró la Misa Pontifical asistido por Capitulares de nuestra Catedral.

Estuvieron presentes en el presbiterio los Prelados de Zamora, Plasencia y Ciudad Rodrigo. Nuestro señor Obispo presidió el coro.

Asistieron todas las autoridades salmantinas y numerosas comisiones, tanto del elemento civil como del militar y académico, casi todos los sacerdotes de la diócesis y representantes de los Arciprestazgos con sus banderas respectivas.

Nuestra magnífica Catedral se encontraba rebosante de fieles que llenaban por completo sus naves.

Un coro de más de cien voces intrepertó la misa del Papa Marcelo de Palestrina, admirablemente dirigida por el joven Maestro de Capilla D. Marcelino Villalba.

El sermón del Sr. Vázquez Camarasa fué un canto triunfal de las glorias eucarísticas de España y Salamanca.

Al final, después del sacrificio de la misa, el Cardenal dió al pueblo la Bendición Papal.

En el Seminario.—Saluda nuestro señor Obispo a los sacerdotes.

A las cuatro de la tarde se trasladó el Obispo de la diócesis al Seminario, con objeto de saludar a los sacerdotes.

El virtuoso Prelado salmantino los recibió en el salón de actos, felicitándoles por la valiosa cooperación que habíanle prestado para abrillantar las fiestas eucarísticas que integraban el programa de la Asamblea.

En paternales frases excitó el celo de los Párrocos para difundir en sus feligresías el amor a la Eucaristía, y por último habló respecto del Arciprestazgo de la diócesis en que habrá de celebrarse, dentro de dos años, la próxima Asamblea.

Se acordó que ésta se efectue en el Arciprestazgo de la Peña de Francia.

La procesión.

A las cinco y media de la tarde del día 10, octava del Smo. Corpus Christi y último de la Asamblea, salió la procesión de la Catedral, después de su laboriosa organización, que duró más de una hora.

Conforme habíase anunciado en la orden de la plaza, las fuerzas cubrieron la línea.

Abría la marcha un piquete de la Guardia civil y detrás una escolta de jinetes vestidos con el traje típico del país. Seguía a éstos la riquísima y artística cruz parroquial de Villares de la Reina, acompañada de una nutrida comisión de feligreses de aquel pueblo.

Luego venían las representaciones de todas las Párroquias de la diócesis agrupadas por Arciprestazgos, cada uno con su bandera e insignias.

Seguidamente iba la banda del Regimiento de Toledo. Luego un coro de seminaristas y en pos de éste, las cruces parroquiales de la ciudad y de la Real Capilla de San Marcos.

Proseguían los niños de las escuelas nacionales y colegios particulares, los tarsicios, congregantes de San Estanislao de Kostka y San Luis Gonzaga, obreros del Centro de Damas catequistas, Academia de Santo Tomás de Aquino, todas con sus estandartes e insignias. A continuación la banda del 1.º de Mayo y otro coro de seminaristas, Asociación del Apostolado y otras Congregaciones y Cofradías y Adoración Nocturna; seguían los maestros nacionales presididos por sus Inspectores; las Cofradías Sacramentales y Ordenes Terceras; la cruz de la Catedral, tribunal eclesiástico, Nobles Irlandeses, Seminario, coro de Sochantres, Clero regular y secular, Real Capilla de San Marcos, las andas con el Santísimo llevadas por sacerdotes que se renovaban frecuentemente y el palio. Detrás el claustro de profesores y doctores, presididos por el Rector Sr. Maldonado, Cabildo Catedral y el Prelado salmantino revestido de pontifical.

La presidencia eclesiástica la constituían el Cardenal de Sevilla y los Obispos de Zamora, Plasencia y Ciudad-Rodrigo. Luego marchaban comisiones de todas las Corporaciones oficiales, tanto civiles como militares, presidiéndolas todas las primeras autoridades provinciales y municipales.

La banda del Regimiento de La Victoria cerraba la procesión, juntamente con las fuerzas que la escoltaban.

Por todas las calles del itinerario fué soberanamente triunfal el paso de la Hostia Santa, pues desde que el Santísimo salió de la Catedral, montones de

flores, arrojadas desde los balcones, cubrieron completamente las andas.

Un gentío inmenso presenciaba en la calle la procesión y los balcones, sin excepción, estaban abarrotados como nunca los hemos visto por ningún acontecimiento como en ese día estaban.

Lo que fué verdaderamente emocionante y arrebatador, era el cuadro que ofrecía la Plaza Mayor, espléndidamente iluminada, en el momento en que nuestro amado Prelado, desde el balcón principal de la Casa Consistorial, daba la bendición con el Santísimo. Catorce mil personas, rodillas en tierra e inclinada la cabeza, recibían la bendición con un recogimiento y un fervor admirable. Fué un momento sublime, de una hermosura inconcebible y nunca conocido en Salamanca.

Por fin, el respeto no pudo contener las expansiones del espíritu y cuando los coros, compuestos de niños de la Vega, Seminario y niños de Coro, terminaron de cantar el *Panis Angelicus* y el *Tantum ergo*, resonó en la monumental Plaza, que en aquel instante era templo augusto de Dios Sacramentado, un imponente y unísono viva a la Eucaristía, entonando las catorce mil almas el Himno del Congreso eucarístico.

Continuó después la procesión hasta la Catedral en donde dada otra vez la bendición con el Santísimo, fué solemnemente reservado.

Las iluminaciones.

El gusto de la Comisión, el Cabildo y algunas personas particulares, contribuyeron no poco al esplendor de las fiestas.

Con satisfacción se recordarán por muchos años las iluminaciones de la Catedral (interior y exterior), Plaza Mayor, Bancos de España, Mercantil y Blanco Cobaleda, Casino de Salamanca y otras muchas que sería prolijo enumerar.

Con todo el fervor de nuestro corazón demos gracias a Dios Nuestro Señor por la brillantez con que han sido celebradas estas fiestas y no haber ocurrido incidente alguno desagradable y pidamos que la devoción y amor a Jesucristo Sacramentado se acreciente cada vez más en toda la diócesis salmantina.

Gracias a los insignes Prelados que con su presencia han realizado estas solemnidades eucarísticas.

Gracias a todas las autoridades que han dado hermoso ejemplo de religiosidad y amor a Jesús Sacramentado y cooperado al mayor orden y éxito de la Asamblea.

Nuestro aplauso y enhorabuena para el Cabildo, Párrocos, sacerdotes todos y comisiones y para cuantos han trabajado con tanto ardor en la organización de todos estos actos, y nuestra gratitud para todos los que con sus limosnas y donativos han contribuido al mayor brillo de estas fiestas.

Por último, de lo más hondo de nuestra alma felicitamos con el mayor entusiasmo a nuestro amadísimo e incansable Prelado, por la satisfacción inmensa que habrá sentido en estos días, al ver cómo sus hijos, los fieles de la ciudad y diócesis salmantina, han respondido al llamamiento que les hiciera en fecha memorable, convocándoles para esta Asamblea eucarística.

¡Que todo sea para honor, gloria y alabanza de Jesús Sacramentado!

¡Viva Jesús Sacramentado! ¡Viva Salamanca!

DISCURSO DE RICARDO LEÓN

¡Canta, lengua, el Divino Sacramento del Altar, el Amor de los Amores, que, en sutil apariencia encarcelado, se nos ofrece por manjar al hambre de nuestras bocas, a la sed ardiente de eternidad que abrasa nuestras almas!

¡Loa también con amorosas voces la pura Concepción de nuestra Madre la Santísima Virgen, concebida sin pecado, Azucena de la Gracia, vida y dulzura de los hombres, llave de los altos misterios eucarísticos!

¡Cantemos al Amor que nos convida con su Cuerpo inolado, aquí presente para dejarse poseer, oculto para dejarse desear! ¡Oh, cielos, mundos, estrellas, criaturas, almas, ángeles, hombres: alabad a Cristo, nuestro Señor, en su inmortal Custodia!

No le bastó al eterno Apasionado hacerse carne de dolor, vestirse con la piel de la angustia y de la muerte; cargar sobre sus hombros nuestras culpas, mucho más recias que la Cruz, más torvas

y agudas que los clavos, más amargas
que la hiel y el vinagre; dar su pecho
por blanco a las injurias de los hombres;
su faz al beso del traidor, su frente
a las espinas. su cerviz al yugo,
su corazón al hierro de la lanza

Sangre, polvo, sudor, llanto y ultrajes,
cuerdas, aceros, salivazos, mofas,
en cada afrenta padecer mil vidas
y en sólo un cáliz apurar mil muertes,
perdonar y morir, clavado al leño,
las entrañas abiertas y los brazos
para mover, para estrechar al mundo,
no eran bastantes a su Amor ¡Tenía,
pues, era Dios, que superar al Hombre!

Padecer y morir por quien se ama,
dar honra y vida, desgarrarse el pecho
para entregar el corazón, son rasgos
propios del hombre cuando el hombre siente
llamear el espíritu en su carne;
mas hacer sempiterno el sacrificio,
darse en perpetua Comunión de amores,
no ya a la Humanidad, uno por uno,
a cada corazón, a cada boca,
juntar su sangre con mi sangre, su alma
con la mía, su cielo con mi tierra,
nutrirme yo de la substancia suya
para vivir la vida de su Espíritu,
misterio es que los ángeles entienden
que sólo alcanzan a entrever los hombres
cuando en las horas de profundo insomnio
les abrasa la ardiente calentura
del más allá, la sed de lo Infinito...

Que todo es poco a la ternura, al ansia
del divino Amador: así le plugo
dar su cuerpo y su sangre, dar su vida,
su humanidad, su eternidad con ella,
no una vez sola, como puede el Hombre,
sino en todos los tiempos y lugares,
como le cumple a Dios, toda sangrando
como en la Cruz, en inmortal convite,
para todos los siglos y las gentes,
plena de amor y de dolor, latiendo
con misterioso pulso a cada instante,
presente a todas horas en la augusta
muchedumbre de templos y sagrarios,
cálices, hostias, corazones, lenguas,
almas, prendidas en el dulce fuego
de esta Pasión universal, las almas
que gritan «¡Siempre!» a los que dicen «¡Nunca!»

Venid, pues, a esta Cena los hambrientos,
los sedientos de Amor, los que en la Noche
tendéis los brazos, los abiertos brazos,
como Cristo en la cruz; los que en tinieblas
apeteceis el sol; los que, entre hierros,

sentís en los presidios de la carne
pujos de libertad; vidas tronchadas
como tallos de flores; ojos dulces
y tristes, hechos a mirar las cosas
al través de las lágrimas; deseos
puros, heróicos, entrañables; frentes
coronadas de espinas; corazones
enfermos de belleza y de ternura,
de soledad y compasión: hermanos,
comed, bebed; este es el Pan y el Vino
de la Inmortalidad y de la Gloria!

Si hay pueblos, si hay moradas, si hay altares privilegiados en la tierra, donde con más amor, con más holgura y familiar costumbre le place aposentarse al Rey de Reyes, ¿cuál más noble, más ancho, más hermoso que este solar español, esta ciudad insigne, esas aulas gloriosas en que brotó a torrentes la soberana luz de la Teología, el áureo sol de aquella escuela que, con Francisco de Vitoria, con sus ilustres discípulos Domingo de Soto y Melchor Cano, lumbreras de cátedras y concilios, bañó de nuevos resplandores todos los ámbitos de la Patria, esclareciendo los más hondos problemas intelectuales, los preñados abismos del misterio, las cumbres vertiginosas de lo sobrenatural?

No conocí sede española, ni aun en las otras tierras de Castilla, donde palpite con tan recio pulso, al través de los siglos y los hombres, la conciencia teológica de la raza, como en la augusta metrópoli salmantina, donde con tal arraigo se manifieste la vocación de la estirpe, despreciadora de las cosas mortales, inclinada con vehemente ahinco a las eternas y absolutas; las armonías de la razón y de la fe, la entrañable pasión de la verdad; aquel fervor ontológico de nuestros mayores hecho lumbré en la mente del Doctor eximio; aquella devoción pujantísima, plena a la vez de ternura y de ardor intelectual, que desbordaba de las universidades y los claustros, de los púlpitos y las aulas, al aire libre de los campos, al coso alegre de la plaza pública, de la ciudad a la aldea, llevando tras sí a las muchedumbres con la pompa y el júbilo de las procesiones eucarísticas, los autos sacramentales, las mil fiestas y regaladísimas prácticas de nuestro Siglo de Oro.

Tenía entonces nuestra fe la santa ingenuidad, el vigoroso candor de las edades evangélicas; la tierna

sencillez, la majestad heróica de los siglos de hierro, bajo las elegancias de los clásicos, era una cosa robusta, orgánica, entrañable, sangre y espíritu en las venas y en las almas del vulgo y de los doctos, de los poetas, de los artífices, para los cuales el dogma, lejos de aparecer como fría, como imponente abstracción, latía a sus ojos concreto y familiar, a la manera de las más sensibles realidades, plástico y vivo como el fruto de las más claras y luminosas intuiciones. Estaban los hombres habituados a lo inmortal y sublime sin mengua de su emoción y grandeza, cual amorosos hijos en las rodillas del Padre omnipotente; era el milagro para ellos acción visible, incorporada al perpetuo fluir de las cosas presentes y naturales; era la vida, en suma, cuadro rotundo, consolador y prodigioso, en que el pincel retrata con igual firmeza y valentía lo profano y lo divino, escenas humanas y rompimientos de gloria; tal como el lienzo del Cretense, donde los caballeros toledanos que acompañan al conde de Orgaz ven desgarrarse el cielo sobre sus nobles y espantosísimas cabezas. . .

¿Dónde hallar más precioso relicario de nuestras puras tradiciones teológicas que este espléndido relicario salmantino, que esta ciudad lucentísima, templo al amor de Dios y a la fe de los hombres, ciudad custodia, monumento vivo cuyas robustas y elegantes piedras labradas como por ángeles orífices, bruñidas por los soles de la Edad de Oro, tienen color y morbidez de carne, de la carne encendida por las eternas lumbres del espíritu? ¿Dónde hogar más ilustre ni blason más alto a las glorias pretéritas de España ni a su ya abierto porvenir que ese edificio venerable, de perenne y graciosa juventud, la Universidad insigne en cuya purísima portada plateresca las armas de los Reyes Católicos, el águila imperial de Carlos V y la Sede Pontificia señalan las tres cumbres de nuestra Historia, sus tres ideales señoríos: la cultura cristiana, la Patria temporal, la Patria eterna? ¿Dónde más claros espejos de nuestras virtudes intelectuales que las obras y las vidas de aquellos peregrinos doctores que infundieron su sangre nueva y generosa en los antiguos y robustos vasos de la Filosofía Escolástica, que hoy merced a su esfuerzo, resurge y prevalece sobre los rotos alcázares de los más soberbios sistemas metafísicos?

Todo fué aquí yunque y horno de la razón y de la fe; todo templo y sagrario de la Divina Majestad; nunca, desde aquel siglo XIII, lumbre y corona de siglos, desde los días del Doctor Iluminado y del Doctor Angélico, se preocuparon los hombres con tan aguda lucidez, con tan heróico brío intelectual por el estudio de las verdades supremas, las únicas que, al cabo, nos importan, por hundir sus mentes en los abismos insondables de Dios, como en la edad y en la patria de aquellos hércules divinos, los Vitorias, los Suárez y los Canos, los Sotos, los Báñez, los Medinas, varones de muchas y poderosas almas, luz de concilios y de príncipes, terror de herejes y sofistas, glórias perennes y familiares al claustro de San Esteban o a las Escuelas Mayores de esta inmortal Atenas española.

Ellos trazaron con su firme pulso, con su genial intuición, las relaciones y los límites de ambas realidades: la naturaleza y el espíritu; ellos agotaron las fuentes del puro conocer, con una noble confianza en los derechos de la razón del hombre, sin endiosarla en mengua del sentido común y de la fe ni renegar de sus clarísimas virtudes; ellos pusieron en su punto las cuestiones más complejas y trascendentales, golpeando a la vez con sus martillos de oro a nominalistas y herejes; y luego de ahondar en los misterios de la esencia de Dios, corroborando almas y bríos con el Pan de los Angeles, restablecieron el imperio de la enciclopedia filosófica y cristiana, dilatándola por los dominios de la Crítica, la Psicología, la Etica y el Derecho, la experimentación, los horizontes filológicos, hasta convertir la Teología en una acrópolis formidable, en una Summa del saber humano, en una ciencia universal, que, a no ser de Dios, sería española y salmantina. Señores del pensamiento y la palabra, maestros de luz y de armonía, aquellos varones florentísimos concertaron, al modo de los artífices platerescos, los ímpetus medioevales con las nuevas orientaciones de la Edad Moderna, vistiendo con airosas togas, con la elegancia y el primor de las letras humanas, la grave austeridad de las divinas; reconciliando, en fin, conforme el genio cristiano y español castizo, lo natural y lo sobrenatural, el hombre y el mundo, la especulación y la acción, cuyo divorcio constituye la más honda tragedia espiritual de nuestro tiempo.

En las primeras edades el hombre se confunde con la naturaleza exterior. A los hombres flacos y a los pueblos niños les basta y les sobra con el mundo visible, que, en apariencia, tan grande y espacioso, tan bello y deleitable se les ofrece. Inclínanse con ardor a la naturaleza, la imitan y retratan; ceban los sentidos en sus lozanas y garridas formas, en los alegres y rutilantes colores, en los sonidos armoniosos; bastan a su placer las delicias de la carne, el sabroso manjar, el blando sueño, la risa de la luz y de las aguas... El placer de la acción, el libre desarrollo de las fuerzas elementales, la energía de vivir, colman el pensamiento y el deseo. Unidos con firme solidez el hombre y la tierra, se conforman y estimulan a la par. El alma espiritualiza el medio, le atribuye un orden, una claridad, una ley provisionales; los impulsos conscientes se cuajan en representaciones plásticas, en vivas formas, en graciosos mitos. La verdad y la belleza se unen también: la hermosura, la novedad del mundo seducen al hombre, como la hermosura de una mujer, y atan su entendimiento al fresco goce de los sentidos...

Mas, poco a poco, la dulce, la ciega infancia, la trivial y dichosa juventud, llegan a punto de reflexiva madurez; del fondo de la vida humana surge un anhelo de independencia y libertad; el mundo interior se alza imperioso reclamando sus derechos; sobre los goces de la pura actividad se proyectan las sombras del destino, del dolor y la muerte; nace así la reflexión aguda, el *por qué* angustioso, la Metafísica; la Moral; se abre la conciencia como un tajo sombrío, lleno de oscuros problemas, de formidables contradicciones. Cambia la visión del mundo, el aspecto de las cosas; la antigua vida infantil, encadenada al medio ambiente, se torna en grave y enérgica sazón, henchida de ansias nuevas, de altas preocupaciones y de inquietudes mentales. Todavía por algún tiempo, dura la paz entre la naturaleza y el alma; pero llega un instante, al fin, en que el equilibrio se rompe, en que la vida interior y la exterior chocan y pugnan, en que el sujeto libre y dueño de sí, consciente de su íntima superioridad, se yergue con aires de señor enfrente del objeto: el hombre y el mundo se oponen y se apartan como dos implacables enemigos.

A esta ruptura trágica, pero fatal, imprescindible,

urgente, condición de la vida espiritual y del progreso, añadió el orgullo de muchas inteligencias, otras mil lúgubres discordias. El universo todo, el alma entera, vinieron a convertirse para el pensamiento disolvente en una muchedumbre de paradojas y de antítesis; y como el pensamiento no se aplaca ni detiene cuando le empuja una tendencia radical, llegó a los últimos trances de la negación y del absurdo. Una vez redimido de su infantil esclavitud, no le bastó vivir independiente: hizose rey, juzgóse Dios, repudió las cosas sensibles como ilusiones y apariencias; acabó por renegar de sí mismo y aniquilarlo todo para volver al caos. ¿No es ésta, en síntesis, la historia de la Filosofía, abandonada a las solas fuerzas del discurso?

Todas las ansias de unidad y todos los ensayos de concordia hubieron de estrellarse contra los muros de bronce, contra las férreas antítesis elevadas por la propia razón, convertida al cabo en tirana del mundo, en dictadora de las otras facultades del espíritu. ¿Cómo reducir a unidad ante la sola razón, no ya divorciada de las cosas exteriores, o sometida a ellas con ciega servidumbre sino en disputa con las demás potencias del alma; cómo traer a vínculo racional y juicioso, elementos que la razón opuso dentro y fuera de sí como contrarios e irreductibles, diferencias cada vez más adustas e inconciliables cuanto más conocidas y razonadas? ¿Cómo juntar en una síntesis superior, en una ciencia universal el hombre y el mundo, el pensamiento y la vida, las ideas y las cosas, la especulación y la práctica, sin caer de bruces entre las sombras de un idealismo fantaseador o en los cienos de un naturalismo brutal sin la inocencia ni la alegría de la pasada niñez? Hace ya muchos siglos que no pocos hombres, los que se jactan de libres e independientes, se interrogan así padeciendo las entrañables torturas de esa tragedia espiritual, condenados a mirar siempre, con angustia desesperada, en las tinieblas de sí mismos, cómo se hacen pedazos entendimiento y corazón.

Ello era lógico y fatal en las terribles soledades de la Edad Antigua, cuando rotos los mármoles de las aras, derribados los dioses al ímpetu de las nuevas ideas trascendentes, no había aún amanecido en el mundo el sol de las verdades evangélicas; mas, desde el pun-

to y hora de aquella mística Alborada, de aquella reveladora Epifanía, ofrecióse a los hombres, *ab aeterno*, en la sagrada Humanidad de Cristo, el sumo vínculo de unión; el lazo amoroso de todas las criaturas, la paz y el orden de todas las cosas, el raro secreto con que "reducir a unidad la muchedumbre de todas las diferencias.". Ya desde entonces no hubo más razón que la soberbia y el desdén humanos para esa lucha dramática en las sombras, pues que en lo fosco de ellas aparecía un reguero de luz, de la luz inmortal adonde embestir con aletazos de pujante albedrío, las ansias del corazón, las ambiciones de la mente, todas las fuerzas, los apetitos, los insaciables deseos de las entrañas del alma. Porque en el Hombre Dios se juntan y conciertan lo humano y lo divino, la tierra y el cielo, lo natural y lo sobrenatural, la ciencia y la hermosura, el amor y el bien, la voluntad y la razón, la idea eterna y la experiencia viva. El vino a ser maravillosamente, la Comunión suprema de lo ideal y lo real: el ideal supremo del espíritu—Dios—realizado históricamente, hecho Hombre en la tierra, hecho naturaleza sensible y dolorosa en la Cruz, hecho carne y sangre perpetuamente, en el Santísimo Sacramento del Altar.

Por eso la filosofía cristiana es luz y es orden, paz y sosiego, unidad y armonía: por eso fuera de sus rutas se despedazan implacables, como hermanos que se aborrecen, el pensamiento y el corazón; por eso nuestra Patria, que es la nación católica por excelencia, tiene por rasgo principal de su carácter histórico el numen conciliador y sintético, el firme y sesudo convivir de la inteligencia y la voluntad, del contemplar y el querer, de las razones y las obras, tal como se manifiesta, singularmente, en los dos más altos luminares de su espíritu: la teología dogmática y la teología mística.

Pues si quisiéramos cifrar, como en mote heráldico las virtudes intelectuales y morales de la estirpe, los rasgos íntimos de la tradición española, bastaría una sola palabra, que me place repetir muchas veces; una palabra fuerte y suave, transparente y serena, plástica y eufónica, dulce a los ojos y al oído, al entendimiento y al corazón: «armonía». Y esa palabra helénica, perteneciente ahora por derecho propio al genio espa-

ñol y cristiano, cincelada, bruñida y acicalada está con primorosos y elegantísimos perfiles, con rubias luces y perdurables caracteres en el cielo y la tierra, en los palacios y los templos, en las escuelas y las glorias, en los paisajes y las almas, en el ayer y el hoy de esta ciudad de oro. Armonía: eso fué siempre vuestra rútila y prócer Salamanca. Armonía de la investigación y la fe, de la poesía y la ciencia, de la actividad y el reposo, de la pasión y la beatitud; orden, majestad y concierto de todas las facultades del espíritu sin mengua de la pujanza, diversidad y muchedumbre de las obras. Armonía en los versos y diálogos de Fray Luis,

a cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primero esclarecida.

Fácil ajuste, primoroso encaje, inesperada fusión de las culturas más opuestas, de los estilos más extraños; en las joyas del arte monumental, en esas dos catedrales—una sola, por espaciosa que fuere, no bastaría a un corazón como el vuestro—, en los muros de San Esteban que desafían a los siglos bajo la pesadumbre de su gloria, en las magníficas opulencias de la Universidad, en toda esa masa imponente de arquitectura religiosa y civil donde los temas góticos, bizantinos, árabes, griegos, romanos y platerescos se funden sin disonancia, como en una estupenda sinfonía, como raudal de notas en un acorde sonoro. Inefable amistad de todas las cosas en el ambiente, armonía de las piedras doradas con el aire y el sol y los colores de la tierra y del cielo; maravillas de ritmo, de proporción, de congruencia física y espiritual en los palacios de las Conchas y Monterrey, en esas torres y cresterías que, plagiadas y contrahechas fuera de aquí, pierden el hechizo de su personalidad inconfundible.

Virtudes de unidad también, equilibrio robusto y armonioso, más claros y patentes todavía, en las escuelas y doctores salmantinos, en aquellos severos patriarcas de la erudición española, desde el instaurador de los estudios filológicos, Antonio de Nebrija y el grande polígrafo Pedro Ciruelo, a los maestros de humanidad y elocuencia el Pinciano y el Brocense, va-

rones universales, dechados de lucidez, integridad y euritmia, cuya insaciable curiosidad intelectual, cuya vocación multiforme, no bastaban a satisfacer las más opuestas disciplinas, las zonas más oscuras y vírgenes de la naturaleza y el espíritu. Así las ciencias matemáticas y astronómicas, la Medicina, la Música, las lenguas orientales, la Filosofía del Derecho, las artes de aplicación, alcanzaron aquí tan luminosa celsitud, bajo las lumbres que encendía el fervor teológico en aulas y monasterios, en los claustros y en los cármenes, en la vega mística del Tormes, en el huerto platónico de la Flecha...

Armonía, en fin, la más alta y noble de todas, en las almas tensas y valientes de los Medinas y los Báñez, maestros y guías del más glorioso y concertado espíritu que hubo, tal vez, en la tierra: nuestra Santa Patrona Teresa de Jesús. Consonancia admirable, entendimiento cordialísimo, en aquel otro varón, *Sócrates de la Teología*, que, luego de arribar a las cumbres del puro conocer, descendía, inflamado de justicia y de amor hacia los hombres a instituir la Ciencia del Derecho de gentes, a rehacer las bases de la Moral de los pueblos. Intuición prodigiosa de las supremas armonías entre lo divino y lo humano en el augusto *Cicerón de las Escuelas*, que discurrendo en el Concilio Tridentino, luz y honor de los doctores de Salamanca, sobre los misterios de la Eucaristía, excedió las alturas imponentes a que pueden llegar la razón y la fe, la ciencia y la elocuencia de los hombres, ya en la gloriosa vecindad de los ángeles...

¡Qué ejemplo el de aquellas águilas de antaño a la esclavitud y endebles de muchos varones de este siglo, los cuales, muy lejos de afrontar la vida en su entera sazón y plenitud, en su armoniosa complejidad, desde la cima donde convergen todos los rayos luminosos de la naturaleza y del espíritu, luchan miserablemente al margen de su propio ser, extraños a su propia conciencia, vacíos de sí mismos entre el tumulto de las cosas exteriores, dejando cada día un jirón de su carne en las garras del tiempo y de la muerte, o se recluyen, ciegos y sordos a la fecunda realidad, en esas torres de marfil, en esos intelectualismos y estériles cárceles de la voluntad, sepulturas del amor, aulas de orgullo, de pedantería y de tristeza!

¡Felices vosotros los que sabéis conservar la virtud de la armonía como rasgo señorial del espíritu; los que, leales a vuestra hermosa tradición, no queréis olvidar que la Universidad de Salamanca fué el templo común a la ciencia de Dios y de los hombres; los que sabéis unir a las virtudes intelectuales el brío de la voluntad y el suave calor del corazón, manifestándolo así públicamente en estos homenajes conmovedores al sol del divino Sacramento.

Mostrar quisísteis también otras virtudes más humildes: la modestia, al traerme aquí, en tan alta ocasión, delante de vosotros, y la paciencia para oír mis palabras. Sólo un firme y cristiano propósito de humildad, nunca más dulce y oportuno que en loas y fiestas del Señor, pudo inducir a los doctos maestros salmantinos para traer a sus famosos claustros un pobre poeta, a duras penas bachiller y enteramente profano en las viejas y en las nuevas disciplinas de vuestra Universidad insigne. Y, aunque ello suene a paradoja, fué en mí también humildad venir tan pobre y tan desnudo, a estos lugares suntuosos, donde mi voz se pierde, donde los recuerdos abruma, donde la pesadumbre de tanta riqueza y tanta gloria bastaría a hundir en el polvo de los siglos aun a quien fuese más audaz y robusto que yo.

Hallo, con todo, otra excusa de mi presencia aquí: el amor entrañable que profeso a estas vivas memorias de la Patria, y singularmente a sus tradiciones sacramentales, que hoy resurgen con nueva lozanía en el solár español, consagrado no ha mucho por nuestro Rey católico al Corazón Eucarístico de Jesús.

Cunden ahora, dentro y fuera de España, un fuerte renacimiento religioso, una profunda reacción espiritual. Se anuncia la aurora de los grandes siglos eucarísticos. La Humanidad padece una sangrienta crisis; ha tiempo nos hallamos todos bajo el yugo de formidables contradicciones, desorientados en medio de radicales y hostiles divergencias. Por todas partes se siente la aguda necesidad de rehacer nuestra civilización y arrojar de sí cuanto hay en ella de falso, de contrahecho y podrido. Huyen las cobardes negaciones; las gentes piden certidumbres, afirmaciones supremas, síntesis poderosas que aten y concierten los

elementos de verdad, dispersos y confusos. Tenemos ansia de orientación, de claridad, de armonía...

Las muchedumbres, aquellas que no han perdido el sentimiento de su humanidad, que es la base del sentimiento superior de lo divino, vuelven al pie de la Cruz, tornan a los caminos del Sagrario, allí donde están perpetuamente la verdad y el concierto de la vida, la paz y el orden de todas las cosas, el vínculo de unión de todas las criaturas, el Amor de los Amores, en fin:

que en sutil apariencia encarcelado
se nos ofrece por manjar al hambre
de nuestras bocas, a la sed inmensa
de eternidad que enciende nuestras almas.

HERMANDAD DE SUFRAGIOS ESPIRITUALES

Han ingresado los señores siguientes: don Francisco Montes Conde, don Bernardo Carlos Rincón Santos, don Juan Martín Andrés, don Manuel García Nieto, don Agustín Bravo Riesco, don Emilio Sánchez París y don Francisco Benito Pérez.

NECROLOGÍA

Han fallecido: don Angel García Hernández, capellán de las Adoratrices de esta ciudad, y don Gonzalo Esteban Galante, párroco de Saldeana (Ciudad Rodrigo).

Los dos pertenecían a la *Hermandad de Sufragios espirituales del Clero* y tenían acreditado el cumplimiento de las cargas, por lo que los señores socios se servirán aplicar una misa y tres responsos por el alma de cada uno de los finados.—R. I. P.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.